

Adivinanzas: rigor crítico, deleite y entretenimiento

Margarita Peña

Cuando nos encontramos ante un libro como el recientemente publicado por María Teresa Miaja de la Peña, *Si quieres que te lo diga, ábreme tu corazón. 1001 adivinanzas y 51 acertijos de pilón* encaramos lo literario, lo lingüístico; el rastreo exhaustivo del material y la novedad del hallazgo; el examen minucioso de los textos y su codificación. Como resultado final para el lector, el disfrute y el aprendizaje, lo dulce y lo útil. Un manjar de adivinanzas que se nos presenta ricamente envuelto en una pulida edición textual. Como apoyo —sujetando el tropel de las palabras que en forma de cientos de adivinanzas corren de boca en boca— el rigor crítico y premisas de la ecdótica que permiten ordenar los textos, disfrutarlos, memorizarlos, jugar con ellos. Lo lúdico efímero —el ingenio colectivo, las volátiles palabras— mediante una organización estricta echa raíces en el papel, en las más de trescientas páginas del libro y logra su permanencia. Tránsito cumplido de la tradición oral a la página impresa.

En diccionarios tales como el *Tesoro de la lengua Castellana o española*, de Sebastián de Covarrubias Horozco, del siglo XVII y que tiene varias ediciones modernas, para no mencionar sino uno de mis diccionarios preferidos,¹ los vocablos son auscultados, examinados, descritos, definidos y fijados. Mientras que en *Si quieres que te lo diga, ábreme tu corazón*, se engarzan, forman sartas rimadas en tercetos, cuartetos; se tiñen de ingenio y desembocan en la respuesta que provoca sor-

presa o risa. El alborozo, en todo caso. Están en movimiento. No son palabras en reposo como las de un severo y didáctico diccionario, sino palabras vivas, saltarinas, que se desenmascaran ante un auditorio atento, perplejo, generalmente familiar o escolar; amenizan la reunión de chicos y grandes, entretienen y ejemplifican un género: la adivinanza. La adivinación como práctica, que existe desde siempre y que en términos esotéricos pudo atraer en España, Nueva España y Europa en general, la censura religiosa, inquisitorial, se redime, se vuelve inocente, se diversifica hacia el mero entretenimiento en adivinanzas, tradicionales o no, como las rescatadas en este volumen: juego lingüístico catalogado y estudiado, cuya fijación implica la salvación de un género literario.

Es evidente que la línea de investigación que rige el libro parte de la existente en algunas publicaciones del Centro de Estudios Literarios de El Colegio de México: *Entre folklore y literatura*, de Margit Frenk (1983) y “De folklore infantil” en *Lírica infantil de México*, por Antonio Alatorre (1973). En lo que toca a la propia doctora Miaja, “Adivina adivinanza... en la tradición popular mexicana” (*Memoria del Nuevo Mundo*, 1992), “La adivinanza en la tradición folklórica mexicana” (*Varia lingüística y literaria*, 1997) y alguna otra. Como fuente primera, ni qué decir de las útiles enseñanzas del Seminario de Lírica Tradicional, del Centro de Estudios Literarios. La autora no olvida la cruz de su parroquia y mediante uno de los proyectos PAPIIT de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico a través de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, reúne los materiales y conocimientos amplián-

dolos, actualizándolos y sistematizándolos para culminar en el volumen que nos ocupa.

Para lectores curiosos, ávidos, el índice resulta espectacular, abarca prácticamente la totalidad del mundo, por decirlo de alguna manera.

La sección inicial, “La adivinanza como género lírico tradicional”, se subdivide en incisos: “Zazaniles” (nahuas), “Quisicosas” (peninsulares), “Adivinanzas”. Son estas variantes de adivinanzas que provienen de culturas o zonas específicas. La “Clasificación” corresponde a lo que sería una forma de *selectio* y dentro de ella, la *dispositio textus* o determinación de cada texto (terceto, cuarteto), y lo tocante a grafías, puntuación, separación de las palabras, etcétera. La “Clasificación” permite apreciar la complejidad del tema. Los grandes apartados anteriores principian con “el mundo de lo abstracto” y contienen sus respectivos incisos. En esta sección se despliega el material propiamente dicho: las adivinanzas.

Destaquemos un aspecto que nos parece sustancial. Dentro del apartado “Funciones de la adivinanza” se describe lo que sería un rasgo primario del género: la función lúdica. Dice la autora: “es un juego, un pasatiempo que consiste en armar rompecabezas verbales para poder apreciar la imagen buscada. Para lograrlo es necesario concentrarse en varios de sus elementos, escuchar cuidadosamente las palabras y analizar cada verso, pues la respuesta puede estar escondida de diversas maneras: en algunas sílabas del principio o del final de la composición, en acrósticos, o en ciertas palabras muy concretas que aluden, directa o imaginariamente, al objeto a adivinar”. Añade: “Quizá el carácter lúdico que tiene la adivinanza es, en buena medida, la causa por la que el género se ha enri-

¹ Entre otras cosas, por lo literario de sus definiciones. Estas se sirven de la información o la imaginación de Covarrubias al punto de parecer un fragmento de ficción. Véase, por ejemplo, la palabra “tigre” o “tigra”.

quecido considerablemente con el paso del tiempo y en diversos ámbitos”. Más adelante, en cuanto a la función dialógica, afirma: “Gracias a su capacidad dialógica, la adivinanza establece una comunicación entre dos sujetos: el que emite el reto (enunciador) y al que éste va destinado (destinatario)”. Como ejemplo copio la adivinanza siguiente: “Adivina, adivinador / ¿cuál es el ave que vuela mejor, / el pato o la golondrina? / —El pato. / Come caca de gato. / —La golondrina. / Come caca de gallina”. Se trata de un reto. El enunciador domina y dirige el reto, el destinatario lo adivina. Juego de palabras y juego de poder dialogado. Y, podemos añadir, no poca malicia del que pregunta.²

Asimismo, se señala la función didáctica, que entre muchas otras cosas, hace de la adivinanza “una caja de sorpresas que enseña al niño a desentrañar problemas mayores”.³ Ya que incidimos sin querer en la escatología, podemos preguntarnos por la existencia de adivinanzas plenamente escatológicas, o bien de contenido sexual. Deben andar por ahí, en alguna parte del libro, sazoadas con gracia. No sería imposible que en el terreno de la adivinanza se localizara dicha variante temática aunque hay que tener en cuenta que no casaría con el ámbito familiar o escolar tradicional del género. Sin embargo, una adivinanza cercana a la picardía, con un posible doble sentido que mueve a risa, es la número 108, que dice: “En un campo peladito / un cuerito arrugadito”. Respuesta: “El ombligo”. Y hay varias en este tenor.

En lo estrictamente personal, el libro actúa como un pivote de la memoria. Nos regresa a las adivinanzas que forman parte de las coordenadas de nuestra infancia. Cómo no reconocer esa que dice: “Caballito de banda a banda / Que ni come, ni bebe

ni anda”. O la otra: “Redondito redondón / Que no tiene tapa ni tapón”. O bien aquella: “Tito, tito capotito / Sube al cielo y pega un grito”. O una más: “Fui al mercado, / los compré negritos. / Vine a mi casa, / se pusieron coloraditos”.

Las respuestas —el puente, el anillo, el cohete, el carbón— nos disparan al pasado en el que las tías y las abuelas, que no tenían más remedio que entretenernos, se



María Teresa Miaja de la Peña

sacaban de la manga las adivinanzas para conjurar el tedio vespertino y sobrevivir hasta la hora de la merienda. El libro no es pura adivinación y ocurrencia. Por el mero enunciado se relaciona con la asociación libre, y más allá, con algo entrañable: el recuerdo. En lo psicológico, lo afectivo, con la inocencia perdida y la nostalgia. Uno de sus rasgos como texto será el poder de evocación, la recuperación del pasado que, en emulación de Proust, nos invade al repetir adivinanzas. Independientemente de sus cualidades como estudio y difusión de un género, esta colección de textos cuidadosamente reunidos, organizados, pulcramente impresos tiene la virtud de enviar al lector a un viaje retrospectivo en el tiempo; a los confines del recuerdo, cuando el niño precoz agazapado en nosotros empezaba a leer a Grimm, Andersen, Perrault... y luego a Dickens y Verne.

La sección final da a los lectores muestras de lo que sería una variante de la adivi-

nanza tradicional. El acertijo es una proposición breve que puede llegar a encerrar un enigma. Solía proponerse en la Antigüedad a quien consultaba un oráculo en lugares sagrados. Recordemos, si no, las respuestas del Oráculo de Delfos. En este libro se recopilan 51. Carentes del fatalismo predictivo de los antiguos, los que dicen “Corro y no tengo pies” (el agua) o “¿Qué es lo que todos tienen arrugadito al na-

cer?” (el codo) son sólo humor, ingenio y picardía.

Volvamos a la estructura general de la obra. *Grosso modo* esta implica un largo periodo de recolección oral y escrita. A partir de ahí seleccionar, escoger, desechar; crear secciones, apartados, editar los textos, establecer los índices. La redacción del obligado estudio inicial, la integración de la bibliografía consultada. Los trabajos de Hércules, en suma, de María Teresa Miaja, Brenda Franco y todo el equipo. Menciono, por último, los hermosos dibujos de Elvira Gascón que llenan las páginas y alternan con las palabras en este mundo figurado —y en cierto modo ilusionista a la manera de los *trompe l'oeil* pictóricos— de las adivinanzas. **U**

² Por asociación de ideas nos disparamos a un curioso álbum ilustrado del siglo XIX español, una furiosa crítica contra los Borbones, particularmente contra la reina Isabel de Borbón: una serie de láminas en las que se satiriza a la soberana, a su marido, sus consejeros, y validos. Lleva el título de *Los Borbones en pelota* y se atribuye nada menos que a los hermanos Bécquer, Gustavo Adolfo y Valeriano.

³ El conocimiento de esta “función didáctica” se relaciona con la labor desarrollada por la doctora Miaja en la SEP en los años anteriores a 1990, de acuerdo con lo expresado en “Presentación”.

María Teresa Miaja de la Peña, *Si quieres que te lo diga, ábreme tu corazón. 1001 adivinanzas y 51 acertijos de pilón*, El Colegio de México/FCE, México, 2014, 336 pp.